

En torno a la inquietud por el futuro

Prof. José Luis Alessandrini

“Todos los hombres, por naturaleza, desean conocer”, comenta Aristóteles en su *Metafísica*. Esta inquietud natural mueve al hombre hacia la posesión cognoscitiva de realidades desconocidas, tanto personales, corporales, espaciales e incluso temporales, y entre estas, aquellas que ya pasaron y las otras que aún no son actuales. Podemos ubicar el empeño de reconstrucción histórica y su aspiración por ofrecer mayor luz sobre el pasado del hombre en esta aspiración que le es natural, así como también el irresistible deseo de vislumbrar los tiempos futuros.

Si bien ambas actividades versan sobre el conocimiento de eventos no presentes, difieren entre sí de modo notorio. Conocer eventos pasados es una tarea en la cual pasamos de la ingenuidad a la suposición, gracias al indicio de algún testimonio, seña o documento de los tiempos pretéritos, a través de los cuales aplicamos nuestra imaginación, oportunamente regulada por aquellos conocimientos que ya poseamos, y dejamos que suponga condiciones de vida, desarrollos de sucesos o expresiones humanas en referencia a la pista inicial.

El supuesto de un futuro cognoscible lo encontramos en diversas expresiones culturales. Hay abundantes testimonios acerca de la observación de astros en Egipto y en Babilonia, siendo ésta última cual llevaría la primacía temporal en la elaboración de estas nociones. Los Caldeos dividían el Zodíaco en 12 signos y la casta sacerdotal practicaba la Astrología Teológica consultando a los *dioses intérpretes*, ya que por su observación era posible interpretar el futuro curso de los acontecimientos. Evidentemente los *dioses intérpretes* eran identificados con los planetas hasta entonces conocidos.

Las prácticas astrológicas se irán difundiendo entre los pueblos (tanto en occidente como en oriente) y así encontramos estas prácticas en Grecia y Roma, en el desarrollo de la Edad Media y en los subsiguientes tiempos históricos, hasta la actualidad.

Si el conocimiento del pasado lo encontráramos supeditado y limitado a alguna señal o documento, la percepción de los eventos futuros carece de cualquier indicio distinto de los ya actuales en el tiempo presente. Sin recurrir a ningún supuesto supramundano, acerca del futuro sólo puedo echar conjeturas con mayor o menor grado de probabilidad teniendo en cuenta las condiciones que se van presentando, así como la interacción habitual entre las variables presentes.

La relación entre posición de planetas y devenir histórico nunca se ha mostrado como evidente y por el contrario necesita de un grupo de conocimientos privilegiados, esotéricos, propiedad de castas, y por los cuales se podrá leer en el cielo el designio sobre la Tierra.

La inevitable condición temporal del hombre mueve a éste a buscar y apropiarse de seguridades para su vida. Como dice Sócrates en el *Banquete*, Eros es deseo de poseer lo aquello de lo que se carece, y deseo de perpetuar lo que ya se tiene. El mayor bien que los hombres desean, propondrá Sócrates, es el vivir y perpetuarse, y por ellos buscarán la inmortalidad por la procreación o la producción de legados a la ciudad¹. La búsqueda de perpetuidad incluye la de seguridad, y el hombre que desea seguir caminando en el tiempo puede tener, en mayor o menor grado, el deseo de llevar una vida serena en sus días venideros.

Posibilidad de conocer el futuro

Si nos preguntamos ahora cuáles serían las condiciones para que el futuro sea susceptible de ser conocido por los hombres debemos hacer una distinción. Por un lado, podemos acercarnos a variantes adivinatorias, en las cuales un vidente contemplaría sucesos a ocurrir, totalmente ajeno, sin saber cómo se llega a ese evento. La literatura y el cine fantástico han presentado repetidas veces esta variante.

Si, por otro lado, considerásemos posible el conocimiento del futuro gracias al conocimiento de leyes determinantes de la realidad, deberíamos preguntarnos quién podría tener ese conocimiento, puesto que al menos en lo referente al aspecto natural de los sucesos del

¹ Vid. Platón, *Banquete* 207d – 209c.

mundo, toda la historia de la ciencia queda incluida en esta búsqueda de leyes que posibiliten predecir fenómenos y dado su estatus epistemológico, los conocimientos científicos resultan susceptibles de ser corregidos, lo que conlleva una dificultad extrema para la pretensión de quien aspirase a conocer la realidad tal cual es, en vistas a predecir efectos consecuentes.

Pensar que todo lo futuro resulte cognoscible por responder a una dinámica preestablecida, así como si la historia fuese movida por un aparato de relojería incurriría en la negación de dos libertades: la de Dios y la del hombre.

La obra de Dios parte de su libertad. Difícilmente podemos imaginar a Dios sin libertad, ya que si careciera de ella, encontraríamos una limitación en él y deberíamos suponer una realidad limitante de orden superior, de modo tal que Dios no sería Dios.

En su libertad Dios decide crear al mundo con sus leyes determinantes y al hombre con su libertad. Dios no responde a la necesidad en su actuar, sino que con absoluta libertad obrará fuera y dentro del tiempo.

El acto absolutamente libre se determina sólo por la voluntad del agente y esto nos lleva a reconocer como imposible la pretensión de conocer las acciones divinas venideras. Podemos dar por sabidas metas últimas del deseo de Dios, a partir de la expresión que el mismo Dios ha dado de su voluntad por medio de la Revelación – la instauración y la consumación del Reino de Dios – pero no podemos entrever cómo se ira alcanzando esta realidad en eventos particulares a través de los tiempos venideros. El obrar de Dios en la historia de la humanidad se lo podría reconocer a posteriori, practicando un fino discernimiento, interpretando sucesos en clave teológica ordenados al deseo divino. Igualmente la certeza que se puede alcanzar en esta práctica es limitada, ya que se estaría teniendo en cuenta sólo alguno de los múltiples aspectos que presentan los sucesos históricos. Testimonio de esta dificultad es la escasez de obras en las que se lea la historia del mundo como historia de salvación, más allá de los relatos bíblicos. “La historia de las ciudades – comenta Jean Daniélou -, lo mismo que la de los pensamientos, ocupa su puesto en el designio total de Dios. A pesar de lo cual sigue siendo verdad que esta relación

entre los hechos de la historia profana y la historia sagrada es un misterio oculto que no se somete a tentativa alguna de determinación”².

Contrariamente a lo expuesto, Hegel desplaza a Dios de su puesto y emplaza en él su dialéctica del devenir, donde todos los actores hicieron, hacen y harán de acuerdo a esta ley. “Lo que llevó a Hegel a concretar esta intuición en un sistema erróneo – comenta Jacques Maritain – que sólo es un gran sofisma fue no sólo su idealismo sino, sobre todo, la manera como decidió llevar el racionalismo a lo absoluto, y hacer la razón humana igual a la divina, transformando lo dialéctico en ‘conocimiento absoluto’ y absorbiendo lo irracional en la razón”³.

La pregunta por el conocimiento del futuro nos lleva de modo inevitable a considerar si algún ser presenta la capacidad cognitiva necesaria para tal fin. Santo Tomás identifica en Dios esta posibilidad de conocimiento. Leemos en el *Comentario a las Sentencias* que “el preanuncio de las cosas futuras es signo de la divinidad, como se dice en Isaías 41,23: Anuncien lo que pasará después y así sabremos que ustedes son dioses”⁴.

Cuando el Aquinate se pregunta si la adivinación puede ser hecha por los Daemones, discurrirá también sobre la capacidad del hombre para tal actividad a fin de compararla con las potencias de los seres espirituales. Con este fin distinguirá los eventos futuros determinados por sus causas, de aquellos que no tienen causas determinadas. En el primero de los casos, podemos conocer por las causas, los efectos⁵; y podemos hacerlo con certeza si la relación entre ambas es necesaria. La certeza se dará en menor grado, si la causa determinada no es necesaria, sino frecuente, lo que lleva a Santo Tomás a declarar que la precognición que se puede tener de ellas no será certera, sino conjetural⁶. Es la situación del que conociendo la mecánica celeste, anticipa eclipses, hecho del cual dirá que no se lo puede llamar propiamente adivinación, así como cuando el médico predice salud, con conocimiento de causas. En el caso de los seres

² Daniélou, Jean: *El misterio de la historia*, Ed. Dinor, San Sebastián 1963, pags 138-139.

³ Maritain, Jacques: *Filosofía de la Historia*, Ed. Troquel, 2ª edición, Buenos Aires, 1962, pag 32.

⁴ S. Thomas, *In Liber Sententiarum II Distinctio 7 q 2 a 2*: “Preanuntiatio enim futurorum, divinitas est signum: unde dicitur Isaiaie 41,23: *ventura quoque annuntietis, et dicemus, quod dii estis*”.

⁵ Idem: “Quilibet autem effectus, secundum quod in causa sua determinatur, in ea potest cognosci”.

⁶ Idem: “Si autem determinentur in causis ut ex quibus frequenter contingant, cum potestate tamen deficiendi in minori parte propter impedimentum ex parte agentis, vel ex parte recipientis actionem; eorum praecognitio non certitudinalis, sed conjecturalis haberi potest”.

espirituales, el conocimiento será mucho más sutil, ya que estos conocen por *species innatas* de las causas, y por otro lado conocen mejor las potencias de las causas (*virtus causae*).

La situación es diferente cuando algo no tiene causas determinadas, ya que no puede ser conocido a través de ellas sino sólo por sí mismo, al estar presente. Solamente Dios tiene precognición de estas realidades, ya que desde la eternidad están en su presencia. El ser eterno de Dios conlleva la simultaneidad de realidades. En este orden Santo Tomás repite a Boecio en la definición de eternidad⁷ y se encargará de distinguirla del tiempo: “la eternidad carece de principio y fin, el tiempo, por el contrario, tiene principio y fin”⁸. También pueden acceder a este conocimiento aquellos a quienes Dios quiera revelárselas. Ni hombres ni seres espirituales pueden tener conocimiento de estas cosas futuras, si no es por revelación de espíritus superiores⁹.

En esta perspectiva me atrevo a suponer que Santo Tomás interpretase de un modo literal los escritos proféticos del Antiguo Testamento, en donde se repiten frecuentemente visiones de sucesos futuros, y considerase a estas visiones como hechos históricos, al no mediar ninguna exégesis crítica que permitiese distinguir elementos formales relativos a la redacción¹⁰. Sabemos hoy que entre los elementos propios de la redacción profética se encuentra el presentar como futuro aquello que, en realidad, ya ha pasado. De este modo, el profeta no es concebido únicamente como vidente (no se descarta esa posibilidad) sino que se ve en él un hombre de fe, elegido por Dios, con capacidad para leer y releer sucesos históricos y encontrar en ellos el paso de Dios¹¹.

El cristiano y el futuro

⁷ Vid. S. Thomas, *Summa Theologiae*, I q 10 a 4.

⁸ S. Thomas, *Summa Theologiae*, I q 10 a 4: “...aeternitas caret principio et fine, tempus autem habet principium et finem”.

⁹ S. Thomas: *In Liber Sententiarum* II Distinctio 7 q 2 a 2: “...eorum praecognitio solius Dei est, cui ab aeterno praesentia sunt, et cui deus revelare voluerit: et talium futurorum cognitionem nec homines nec Daemones habere possunt, nisi revelatione supernorum spirituum”.

¹⁰ Santo Tomás en el comienzo de la *Suma Teológica* (I q 1 a 10) consigna tres posibles sentidos de la Escritura: “Videtur quod sacra Scriptura sub una littera non habeat plures sensus, qui sunt historicus vel litteralis, allegoricus, tropologicus sive moralis, et anagogicus”.

¹¹ Vid. Charpentier Etienne, *Para leer el Antiguo Testamento*, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra), 1993, pag 55.

Después de reconocer la imposibilidad del hombre para adivinar el futuro por sus medios naturales, podemos detenernos en implicancias éticas de esta limitación cognoscitiva. ¿Qué postura puede tomar el cristiano ante los tiempos futuros, fundándose en las verdades de la fe?

En primer lugar, los cristianos creemos en Dios que ofrece gratuitamente la salvación al género humano, y para ello irrumpe en el tiempo, en la historia de los hombres. La Sagrada Escritura, particularmente en el Antiguo Testamento, nos ofrece el testimonio de fe del pueblo judío, que lee y relee su historia reconociendo el actuar de Dios entre ellos. La espera se concreta en Cristo, plenitud de la salvación, llegados los *últimos tiempos*, como repetirá San Pablo. El Nuevo Testamento nos habla de la experiencia de los primeros cristianos, poseedores de un fino discernimiento para vincular eventos contingentes a la obra redentora de Dios.

Creemos en Dios providente, que como asegura San Pablo, “colma de bienes a quienes lo invocan” (Rm 10,12) e irá prodigando los bienes necesarios para la consumación de su obra. Esto nos permite introducirnos en la consideración de las pasiones humanas relativas a realidades no presentes. Santo Tomás presenta en la *Suma Teológica* la esperanza y el temor como movimientos del alma con objeto contrario, correspondiendo a la primera los bienes futuros, y a la segunda, los males por venir¹². De igual modo, no cualquier bien no presente es objeto de esperanza sino que sólo lo son aquellos que son accesibles con dificultad. Aquello que debe ser esperado en grado mínimo o que tenemos ya la capacidad de conseguirlo, no entra, aunque aun no se encuentre presente, dentro del ámbito de la esperanza, sino que es objeto del deseo¹³.

En esta perspectiva, la fe nos aporta una mirada con sentido sobre el mundo y el tiempo; vivimos a la espera de la concreción y plenitud de la obra de Dios y hemos recibido la

¹² S. Thomas: *Summa Theologiae*, I-II q 40 a 1: “... proprie loquendo, es spes nisi de bono. Et per hoc differt spes a timore, qui est de malo”.

¹³ Idem “ Et per hoc differt spes a gaudio, quod est de bono praesenti. Tertio, requiritur quod sit aliquid arduum cum difficultate adipiscibile, non enim aliquis dicitur aliquid sperare minimum, quod statim est in sua potestate ut habeat. Et per hoc differt spes a desiderio vel cupiditate, quae est de bono futuro absolute, unde pertinet ad concupiscibilem, spes autem ad irascibilem”.

exhortación de los apóstoles a alegrarnos en este tiempo y trabajar sin descanso en vistas a alcanzar la perfección¹⁴. Entre las enseñanzas apostólicas no figura ninguna insinuación hacia la inquietud o la desesperación, sino que por el contrario, se repiten directivas para vivir en alegría el tiempo presente. Los bienes que cotidianamente recibimos y seguiremos recibiendo de la mano de Dios, merecen ser agradecidos y disfrutados, y tal vez, de este modo, gozando los bienes presentes y animados con la esperanza de los que vendrán en el futuro¹⁵, no nos haga falta querer saber acerca de aquello que aun no es.

¹⁴ Vid *II Cor 13,11*

¹⁵ S. Tomás: *Summa Theologiae*, I-II q 25 a 4: “De bono igitur praesenti est gaudium; de malo praesenti est tristitia; de bono vero futuro est spes ; de malo futuro est timor”